

pueblo y no de gobernarlo,» lo cual demuestra que las Repúblicas deben de contentarse con su territorio y no buscar otro ideal que conservar su libertad. El único modo como pueden existir las grandes Repúblicas, nos lo han demostrado nuestros vecinos del Norte, con su magnífico sistema federativo, pues con ese sistema, es más difícil que el poder llegue á ser acaparado por uno solo, cosa que ha sucedido con frecuencia en varias repúblicas, como en Francia en donde acaparó el poder absoluto Napoleón III y en algunas de las Latino-Americanas, en donde sólo existe el sistema federal en la forma, y que con frecuencia han tenido que sufrir dictaduras militares.

Sin embargo, el poder absoluto ha existido de toda antigüedad porque es el patrimonio de los pueblos atrasados, de los pueblos ignorantes cuya imaginación no tiene otros hechos que la impresionen sino las hazañas de sus monarcas que los deslumbran con su brillo, puesto que ignorando la historia, ignoran también los altos hechos de sus antepasados, de los grandes hombres de la humanidad, y desconocen las fuerzas que puede desarrollar un pueblo libre.

Por este motivo, la instrucción, la escuela son las mayores enemigos del despotismo; los más firmes apoyos de la democracia.

El poder absoluto y la democracia en los tiempos modernos.

En el curso de este trabajo hemos encontrado algunos casos en donde se ha podido comprobar la influencia nefasta del poder absoluto en las Naciones modernas, pero en este lugar será conve-

niente investigar más profundamente los hechos, á fin de mejor demostrar la influencia del poder absoluto en esas grandes calamidades que han azotado á la humanidad y á la vez veremos como en muchos casos, el régimen democrático ha evitado serias conflagraciones europeas.

La guerra Ruso-Japonesa, fué debida á la ambición, nó tanto del Zar, sino de los grandes duques, cuya fatuidad les impidió ver el peligro que corrían, pues no apreciaron debidamente las fuerzas enemigas; y con su pereza, no prepararon las suyas, pues se ocupaban más de sus placeres que de los negocios públicos, y cuando se ocupaban de estos últimos, era tan sólo por medio de bravatas, que no hacían sino empujarlos al presipicio.

Rusia no estaba preparada para la guerra, porque la administración estaba en manos ineptas y libertinas, pues en una autocracia sólo ascienden á los puestos públicos los que saben adular al autócrata, pues los hombres dignos, que tienen ideas firmes, principios rectos, no pueden doblegarse ante un ser, en muchos casos inferior á ellos, y éste, aun menos, tolerará que haya á su derredor hombres que valgan más que él.

Por este motivo supimos por la prensa asociada las grandes faltas cometidas por la administración rusa, y la inmoralidad que existía en las altas esferas del gobierno, hasta el grado de que alguno de los grandes duques fué acusado de sustraerse los fondos destinados para curar á los heridos.

Esos abusos casi no se conocían y no era posible remediarlos, pues si la prensa independiente los denunciaba, era perseguida sin piedad, y el

Zar no podía saber lo que pasaba en su vasto imperio, contentándose con lo que le decían sus consejeros, que cómo ya hemos visto, no pueden ser hombres de carácter y de principios, así es que generalmente ocupan esos puestos los que tienen más *esprit* los que mejor saben alhagar las pasiones del soberano.

Esto, en cuanto á los preparativos de la guerra. Una vez que ésta hubo estallado, se vió lo inferior que era la oficialidad rusa comparada con la japonesa, pues aquella, compuesta en general de nobles, era muy valiente, es cierto, pero su valor era estéril por lo temerario, por lo ostentoso, y sobretodo, por la falta de conocimientos y de disciplina, y es, que lo que pasa arriba, pasa abajo: así como el Soberano sólo admite á su lado á los que lo adulan, así mismo el general solo confiere ascensos á los que mejor saben atraerse sus simpatías, resultando que no el mérito, sino el favoritismo constituye el principal factor en los ascensos.

Llegando por último al soldado; generalmente ignorante, arrancado de su hogar contra su voluntad para defender una causa que no le simpatizaba, pues para esos desheredados de la fortuna poco les importaba que el imperio moscovita llegara hasta los montes Urales ó hasta el mar Amarillo, puesto que ellos no debían de aprovechar esas conquistas, que sólo servirían para enriquecer á sus amos, á quienes odiaban cordialmente, pues más los conocían por el peso de su fúete, por la herida de su látigo, que por la largueza de su mano, que por la magnificencia de su corazón.

Esos soldados, peleando contra su voluntad, en

defensa de un amo á quien no querían, para conquistar países que les eran desconocidos, y llevados al combate por oficiales déspotas, presuntuosos é ignorantes, nó sabrían resistir al empuje de los japoneses que convencidos, defendían su vida como nación, sabían que los terrenos que iban á conquistar eran para ellos, que amaban con fanatismo á su Mikado que les había dado la libertad y que eran llevados al combate por una oficialidad austera, valerosa hasta la temeridad, pero sin ostentación; instruida, disciplinada, que debía sus puestos al mérito, único medio de seleccionar la oficialidad y los funcionarios públicos en los países democráticos.

Además, los Japoneses estaban perfectamente preparados para la guerra, su servicio administrativo era admirable, por el orden y la honradez; pero también en Japón existe la libertad de imprenta, que denuncia las faltas de los funcionarios y existe una democracia bien organizada que descansa en poderosos partidos políticos.

El ejemplo que acabamos de ver es por demás instructivo, y nos reveló, cómo, un coloso como Rusia, debilitado por el poder absoluto, no pudo resistir el empuje de un pequeño pueblo fortalecido por las prácticas democráticas.

Remontándonos un poco más allá en la historia, encontramos que Francia después de su grandiosa revolución, tenía un apoyo tan decidido de todos sus hijos, que cantando la marsellesa iban al combate, que siempre fué invencible, y las coaliciones de toda la Europa reunida, no pudieron hacerle mella, mientras la libertad movía con su soberano impulso á todo el pueblo francés.

En cambio, una vez que este heroico pueblo hubo perdido su libertad bajo el yugo de Napoleón, con indiferencia vió profanar el suelo de su patria por los invasores extranjeros, y no opuso ninguna resistencia para que desmembraran su territorio.

Napoleón había querido que la patria fuera él, y se equivocó; la decepción que tuvo fué tremenda cuando vió que tan pronto como la fortuna dejó de favorecerlo, todos lo abandonaban; lo abandonaba el pueblo francés á quien él había oprimido y lo abandonaban los mariscales y los funcionarios que él había elevado.

En este caso es donde mejor se comprueban las funestas consecuencias del poder absoluto; pues Napoleón, no sólo era un genio en la guerra, sino también en la administración, tenía una actividad incansable, un golpe de vista admirable, y llevaba con tal orden los asuntos públicos, que todo marchaba con precisión matemática; contaba con ejércitos inmensos y los más aguerridos del mundo; con riquezas inagotables para prepararse á la guerra, y por último, tenía subyugada á casi toda Europa. Sin embargo, su grandeza fué efímera, pues su ambición personal lo llevó á guerras desastrosas para la Francia, y cuando más necesitaba de la ayuda de los franceses para defender la integridad del territorio nacional, éstos no respondieron á su llamado, pues á su general sólo lo obedecían cuando tenía fuerza suficiente para hacerse respetar, y tan pronto como la fortuna principió á serle adversa, le faltó tal fuerza; mientras que al llamado de la patria, siempre respondían, porque con la patria estaban vinculadas sus instituciones y su libertad.

Si Napoleón, en vez de coronarse, se contenta con el consulado á vida, hubiera llenado á Europa de consulados semejantes al francés, la libertad habría echado más hondas raíces en Europa y la grandeza de Francia hubiera sido más duradera.

En cambio, Napoleón dejó obras materiales que aun se admiran en todo el territorio francés; abrió caminos magníficos, cavó canales importantísimos, pero es el recuerdo que dejan siempre los despotas.

La obra más duradera de Napoleón, fué su admirable código de leyes que rige en casi todo el mundo civilizado. ¡Siempre los productos del pensamiento sereno del escritor, son más duraderos que los hechos del impetuoso guerrero!

La catástrofe que fué el epílogo de la epopeya napoleónica, provino de la debilidad del sistema del poder absoluto, pues no puede achacarse ni á corrupción administrativa, ni á ineptitud de los jefes, ni á falta de valor de los soldados, pues los que permanecieron fieles á las banderas imperiales, pelearon con valor admirable hasta el último momento.

Si de esta catástrofe pasamos á la de 1870, nos encontramos con que á pesar de que el pequeño Napoleón no tenía los tamaños de su tío, logró imponer un gobierno absoluto, pero no supo impedir que hubiera una gran corrupción en la administración, y á Francia le pasó con Alemania, lo que á Rusia con el Japón, que en el momento de declarar la guerra, no estaba nada preparado, á pesar de la presuntuosa afirmación del ministro de la guerra de Napoleón, de que «no faltaba ni un botón en el uni-

forme de los soldados.» Los Jefes, seleccionados por el favoritismo, eran ineptos, como se demostró por las increíbles torpezas que cometieron. Los soldados, sin confianza en sus jefes, acostumbrados á ser engañados por el lenguaje oficial, lleno de falsos convencionalismos, no hallaban á quien creer, se desmoralizaron, y á penas lograron salvar el honor de la Francia, ya que no su integridad, muriendo con gran heroísmo cuando llegaron á encontrarse frente á un enemigo, que sus jefes le hacían casi siempre huir y con quien ellos deseaban ardentemente medirse, pues muy pronto comprendieron que no debían ya esperar nada de su inepto emperador, y la conciencia de su responsabilidad para con la patria, desde el momento que habían sacudido el yugo de la tiranía, les daba alientos para salvar lo único que era posible salvar en aquellas circunstancias: el honor, y notemos que el honor no por ser un bien abstracto, deja de tener menos influencia sobre los pueblos, pues siempre les presentará imágenes vivas del heroísmo de sus antepasados y en las grandes crisis, inspirará las abnegaciones sublimes, los grandes hechos que salvan frecuentemente á la patria.

De un modo clarísimo hemos podido apreciar los efectos del poder absoluto bajo todas sus formas. El Zar, rodeado del inmenso prestigio de sus antepasados, sostenido por seculares intereses creados á su sombra, y apoyado en la ignorancia de sus súbditos, deja indolentemente las riendas del gobierno en manos de los favoritos de palacio, que llevan á su imperio á una aventura desastrosa, en la cual escapó de naufragar hasta su misma coro-

na, pues las grandes catástrofes despiertan á los pueblos, que reaccionan vigorosamente contra el causante de sus desgracias.

El gran Napoleón, arrastrando con irresistible atractivo á toda la Francia á las empresas más gloriosas; deslumbrando á todos con sus hazañas, se siente embriagado por la victoria y arrastra á su patria al desastre, para caer con ella en el abismo á donde lo empujó su ambición.

El pequeño Napoleón, que no tenía otro motivo para fascinar al pueblo francés que el glorioso nombre de su tío, quiso deslumbrarlo con el brillo de su corte, con la construcción de magníficos palacios, con la apertura de espléndidas avenidas, y con el ruido de guerras lejanas; pero no lo logró por completo, pues la libertad había echado hondas raíces en la Francia y vigoroso se alzaba el acento de los republicanos, el del gran proscrito de la Isla Jersey, que cada vez que se dirigía al pueblo francés le hacía estremecerse al oír el canto robusto que entonaba á la libertad; al escuchar los solemnes anatemas con que condenaba á la tiranía. Por este motivo, y sintiendo que su corona vacilaba en su cabeza, se resolvió á promover la guerra contra Alemania con la esperanza de vencerla y afianzar su trono. Ya hemos visto cuan infundadas eran esas esperanzas, pero á los déspotas les preocupaba más consolidar su poder que salvar á su patria.

*
*
*

Pasando ahora á la política contemporánea, podemos observar como 36 años de sistema demo-

crático han levantado á la Francia á una altura envidiable entre las naciones europeas, pues con la sabia y prudente política republicana, á rehuido toda aventura peligrosa y se ha dedicado á reconstruirse interiormente, logrando un desarrollo portentoso de su riqueza, y con su política, tan prudente, hábil y patriótica, ha logrado atraerse las simpatías de toda Europa, al grado de haber logrado formar una *entente* formidable, que ha dejado enteramente aislada á Alemania, su poderosa rival.

Pero estudiemos casos especiales en donde mejor podremos apreciar las ventajas de la democracia.

Unos audaces exploradores franceses abordaron á un villorrio del centro del Africa, á Fashoda y plantaron la bandera francesa. Inglaterra pretendió que ese villorrio estaba dentro de los límites de su influencia, de donde se originó una controversia que llegó á exaltar á tal grado la opinión pública en esas poderosas naciones, que la guerra estuvo á punto de estallar. Pero ambos países tienen instituciones democráticas, y los ministros que llevaban las riendas del gobierno no tenían ni la indolencia ni la debilidad del Zar de Rusia, ni el orgullo del gran Napoleón, ni necesitaban consolidar una corona como el pequeño; mientras que sí tenían un gran amor á la patria, y no la querían comprometer en aventuras peligrosas; además, para estos ministros eran perceptibles los temores de las madres, las esposas y las hijas que no querían perder á sus hijos, esposos y padres por una ridícula cuestión de honor mal entendida. Si la opinión popular estaba acalorada y con su ímpetu acos-

tumbrado se preparaba para la guerra, la voz de los prudentes que son los que la guían, se hizo oír y prevaleció en ambos Gabinetes, y la cuestión quedó arreglada de un modo tan satisfactorio para ambos, que desde entonces empezaron á estrecharse las relaciones de esos dos grandes países, para preparar su reciente *entente*.

Posteriormente surgió otra dificultad que estuvo á punto de precipitar á Europa en una conflagración espantosa.

Un soberano casi absoluto y bien conocido por lo impetuoso de su carácter, por cuestiones de amor propio, promovió serias dificultades á Francia, poniendo como pretexto la influencia que esta última tenía sobre Marruecos.

La guerra hubiera estallado en toda Europa si no hubiera sido por la fuerza de las instituciones democráticas, que rigen la Francia, pues cuando se vió que la imprudencia ó la temeridad de un ministro podía precipitar la guerra, se le hizo renunciar á su cartera á pesar de los brillantes servicios que había prestado, pero se prefirió sacrificar á un hombre, por más méritos que tuviera, antes de lanzarse en tan peligrosa aventura. Una vez que la República hizo ese gran sacrificio, y gracias á la política tan hábil y prudente de sus sucesores, apoyada por las simpatías de todos los pueblos de Europa, logró arreglar de un modo pacífico y honroso la cuestión.

La democracia salió triunfante y prestigiada de esa aventura, mientras que el poder absoluto se puso en ridículo y evidenció su flaqueza, y vamos, que el pueblo alemán es muy sereno, muy reposado, muy

cuerto; pero no era el pueblo el que deseaba una guerra que tanta sangre le costaría aún en el caso de salir airoso en la contienda, sino el soberano, que cegado por su orgullo é impulsado por su desmedida ambición, quería extender aún más sus dominios en Europa.

Al fin logró conmover tan profundamente la opinión pública en su vasto imperio, que se ha visto obligado á sacrificar parte de su poder absoluto en manos de la democracia. En lo sucesivo, esa gran Nación representará en el mundo el gran papel á que está llamada, y dejará de ser la amenaza constante de la paz europea.

En resumen, podemos afirmar que los países en donde existe el poder absoluto, como en Rusia y Turquía, (apenas en los últimos años han empezado á cambiar de régimen, pero aun no es tiempo de que este último dé sus frutos) á pesar de estar en Europa, en contacto con las naciones más civilizadas del mundo, y de haber sido la última, la cuna de la antigua civilización, han permanecido los pueblos indiferentes al progreso moderno, y petrificados en sus antiguas civilizaciones, han progredido muy lentamente; mientras que en los países libres, el progreso ha sido portentoso y les ha alcanzado en donde se han encontrado, por más lejos que sea de los centros de cultura.

No citaré el ejemplo de nuestra poderosa vecina del Norte, porque ella debió su nacimiento á la emigración de hombres libres que se asfixiaban en la atmósfera de intolerancia y despotismo de su pa-

tria, y con tales ideas, tenían que constituir una democracia tan poderosa, que serviría de ejemplo al mundo; pero sí citaré la mayoría de las repúblicas hispano-americanas, que á pesar de su agitadísima vida política desde que son independientes, han dado pasos agigantados en la vía del progreso, pues el nivel intelectual y moral de esos pueblos es muy superior al de Rusia, Turquía y demás países en donde aun impera el poder absoluto.

Otro ejemplo de los maravillosos ejemplos del poder creador de la libertad, lo tenemos en el surgimiento del Japón á la vida de las naciones civilizadas, entre las cuales ha llegado á ocupar lugar importante después de 40 años de prácticas democráticas.

Este asunto tan interesante, necesitaría varios volúmenes para desarrollarse debidamente, pero para el objeto que perseguimos en el presente libro, quizá nos hayamos extendido demasiado.

Comentarios sobre el poder absoluto. Sin embargo, antes de terminar será conveniente exponer en concreto cuales son las causas que determinan que el poder absoluto sea el mayor azote de la humanidad, á pesar de que en muchos casos, son hombres verdaderamente notables y bien intencionados los que lo ejercen.

Las razones son las siguientes:
Para que el poder absoluto exista, es necesario que no haya libertad, que los pensadores tengan que permanecer, silenciosos porque no se les permite publicar el resultado de sus meditaciones.

El resultado de esto, es que las faltas que cometen los gobernantes pasan desapercibidas, ó aunque

se noten, nadie habla de ellas porque comprende que no podrá remediarlas. Esas faltas, al repetirse con frecuencia, llegan á constituir el régimen normal, y á nadie le extrañan, y por último, llega á acostumbrarse la multitud, amoldando su criterio y su carácter, al medio en donde se desarrolla. De esto se sigue que el lenguaje convencional y falso que se emplea en las esferas oficiales, llega á ser el corriente en toda una nación. Los que hablan la verdad, son considerados por el público, como desequilibrados, y por el gobierno, como conspiradores.

La inmensa mayoría de la humanidad no tiene un sentimiento tan afinado para conmoverse con los grandes acontecimientos; para indignarse con los atentados más inicuos; para armarse con patriótico ardor á fin de volar á la defensa de la patria cuando está en peligro; para revestirse del estoicismo necesario para defender sus derechos, cuya importancia no puede apreciar. Pero viene un pensador, un escritor, que siempre siente hondo y claro, y trasmite por medio de sus vibrantes escritos el verbo de su indignación, de su entusiasmo, de su patriotismo, de su estoicismo á las multitudes; las electriza con su palabra, con sus escritos, les infunde ese sentimiento que le ha hecho vibrar tan poderosamente y los arrastra á sus grandes destinos, los hace acometer las empresas más temerarias, los hace arrastrar con la sonrisa en los labios aun en el mismo fuego de la metralla.

Por eso, cuando los escritores independientes, que es donde se encuentran las nobles pasiones, no pueden publicar sus escritos, los pueblos no se dan

cuenta de la importancia de los acontecimientos, permanecen en una impasibilidad, que llega á ser criminal, puesto que ni las desdichas más grandes, ni los más inicuos atentados contra sus hermanos, logran conmoverlos.

En esos pueblos, llegan á atrofiarse á tal grado los sentimientos nobles, que ni cuando ven á su patria en peligro salen de su impasibilidad.

Otro orden de circunstancias que influyen poderosamente para que el poder absoluto sea nefasto para los pueblos que lo sufren, es que los soberanos, autócratas ó dictadores, que tienen el poder absoluto, son grandes egoístas, que prefieren la satisfacción de su pasión de mando, al bien de su patria, pues la historia demuestra claramente que el mejor medio de consolidar el progreso de una nación, es darle la libertad, y ese bien nunca se lo conceden, pues para hacer el sacrificio del poder en aras de la patria, se necesita una grandeza de alma muy poco común, y que generalmente no se encuentra entre esos encumbrados personajes, en quienes la modestia es la más rara de las virtudes, pues para no dejar en libertad á su país, fácilmente se persuaden de que ellos son los únicos que pueden gobernarlo con acierto, que el pueblo es muy ignorante é incapaz de conocer sus verdaderos intereses, y por último, no pueden apreciar la magnitud de sus faltas, pues la lisonja que los rodea acaba por falsear aún su mismo criterio, pues todo les es presentado bajo aspectos engañosos, con el objeto de causarles agrado.

Ya vemos porqué no ejercen el poder absoluto, sino los ambiciosos, ó los presuntuosos.

Además, de estos defectos que invariablemente acompañan á los déspotas de la tierra, tambien los acompañan una turba de parásitos, que viven de la adulación que les prodigan y que llegan á formar un muro compacto que no deja llegar á los oídos de su soberano, sino sus lisonjas, pues en la puerta de los palacios son detenidas las inoportunas quejas de los que sufren, las protestas de los ultrajados, la indignación de los buenos patriotas.

Por otro lado, por más actividad y buena voluntad que tenga el que ejerce el poder absoluto, no puede saber lo que pasa lejos de él, sino por sus mismos amigos, por los mismos empleados que él nombra, algunas veces con intención recta, pero que lo engañan sobre el verdadero estado de cosas. Le es muy difícil salir de ese engaño, porque es natural que tenga más confianza en lo que le dicen sus empleados, que son sus amigos, que en la voz de los descontentos, que la lisonja fácilmente hace pasar á sus ojos, como díscolos ó enemigos suyos.

De ese modo, la administración se va corrompiendo poco á poco, pues el autócrata no conoce el mal, y los únicos que se lo podrían señalar, los periodistas independientes, permanecen callados.

Vamos ahora á ocuparnos del poder absoluto en México y con este motivo quizá se nos presente la oportunidad de tratar tan interesante cuestión desde otro punto de vista.

EL PODER ABSOLUTO EN MEXICO.

En la ligera reseña histórica que hicimos del militarismo, hablamos de las funestas consecuencias que para México ha tenido el poder absoluto ejercido por medio de dictaduras militares y ese estudio nos facilitará grandemente nuestro trabajo actual.

En nuestra patria, tiene su origen el poder absoluto en las guerras intestinas y en las grandes guerras extranjeras, pues como ya hemos visto, cuando un país sostiene victoriosamente alguna guerra extranjera, le queda la pesada carga de recompensar á sus héroes, así es que, aquí en México, está estrictamente ligada la idea de poder absoluto, á la de militarismo, porque éste ha sido la causa de aquél.

Esto nos servirá para encontrar fácilmente el remedio á nuestros males, en el curso de nuestro estudio.